

Dos poetas han tenido el centro de las conmemoraciones durante el año pasado. Se trata de dos visiones fundamentales de la literatura hispánica, el español Federico García Lorca y el cubano José Lezama Lima. Hay razones sobradas para conmemorar la vida de un poeta, pero en estos casos más que justificadas

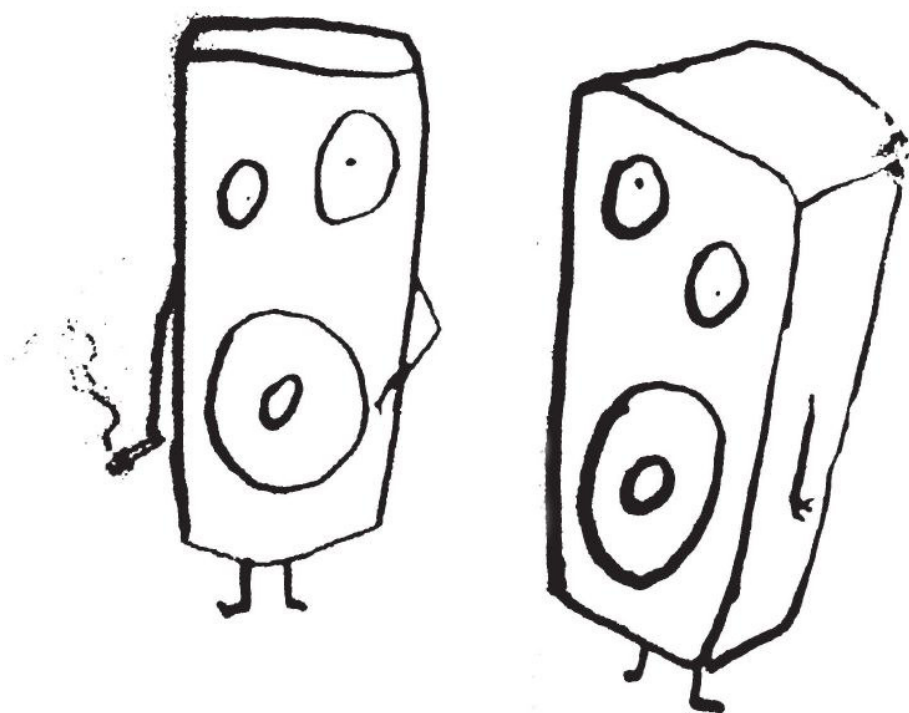
Confluencias de Lorca y Lezama

MANUEL GARCÍA VERDECIA

En el ángulo primordial de estas confluencias está la aptitud tanto de Lorca como de Lezama hacia la poesía. Para uno y el otro la poesía no era un eventual ejercicio de la sensibilidad, un oficio de la expresión, una aventura de la inteligencia. Era ante todo un modo de ser en la vida. Los que trataron a Lorca lo describen como la personificación de la poesía, pura vitalidad creativa expresada en el trato, el canto, el dibujo, el teatro, además del infaltable poema. Jorge Guillén lo califica como: “una transparencia de origen entre los orígenes del universo”. Guárdese bien la palabra

origen para lo que queremos mostrar. Y agrega que “junto al poeta se respiraba un aura que él iluminaba con su propia luz”. Era esta irradiación de Federico lo que primero impactaba a quienes lo buscaban. Luminosidad que le venía de dentro, de su insaciable hambre de vida, de poseerla toda como un juguete con el cual podía construir los más disímiles sentidos para dar. Un regalo para regalar, diríamos parafraseando algún verso lezamiano. Porque era un poeta de la simpatía. *Sympathos*, afinidad natural entre dos objetos o fenómenos, era tal la relación totalmente ingénita

eran imperiosas. Ambos están en la médula de la renovación poética en sus respectivos ámbitos y, más aún, produjeron una obra que es modélica en el espacio hispanoamericano. Además, si a primera vista parecen poetas en las antípodas, al adentrarnos en sus mundos vivenciales y poéticos descubrimos que no es así.



entre Federico y la poesía. Al hallarlo en Cuba, Juan Marinello lo ve “ebrio de vida y canto”, ebriedad que descubre ese permanente estado poético. La poesía era su naturaleza. El propio Lezama, quien en su juventud lo contemplara diciendo versos, constata que “había alcanzado que su poesía adquiriese la suficiente fuerza sutil”. Esa energía subterránea y fluyente no podía ser el descubrimiento de una forma feliz en un poema, sino algo más sustantivo y permanente. Es lo que halla Lezama como nutriente raíz de la poesía lorquiana: “En la cita concurrente a su metáfora, coinciden el remolino de

la sangre con la claridad del espíritu.” Sangre y espíritu, esencias del sacramento de la poesía.

En Lezama la poesía era así mismo pulsión vital y, quizá, su primer deslumbramiento ante el poeta gaditano fue encontrar una constitución poética semejante a la suya propia. Es sabido, por relación de cuantos conocieron a Lezama, que éste intentaba trocar en poesía todo cuanto le acontecía o transcurría en su entorno. Así lo reconoce Fina García Marruz, una de quienes mejor lo conocieron, “todo lo incorporaba a su sabiduría, los sucesos diarios, los sabores de

los dulces criollos, cuidaba mucho el estilo de su cotidianidad.” Ese estilo no era otro que el de recrear toda experiencia a su concepción fabulosa. Como un potente agujero negro, atraía a su centro los más disímiles asuntos —faenas cotidianas, conversaciones, relaciones, vida familiar, lecturas— para transformarlo mediante su astronómica imaginación y su energía metafórica en algo distinto e inaudito, algo con el rebrillo de lo poético que alcanzaba su “definición mejor” en sus textos. Era como si habitase otra dimensión donde regían sobre cada acto y cada pensamiento las leyes de la poesía. El sentido oculto, la “sustancia resistente”, misteriosa de la vida, su imagen, era el grial a conquistar mediante las sucesivas acometidas por la metáfora. Las infinitas potencialidades inefables de la vida lo convidaban como “manteles estables y ceñidos” a la cena opípara de la aprehensión metafórica.

Las numerosas anécdotas y relatos que conforman el dibujo de la personalidad de estos poetas los describen como una suerte de “niños grandes”, golosos para las sensualidades, hambrientos de sus querencias, trastocadores de todo mediante un constante juego imaginativo. No es fortuito que Lorca se asociara con un duende, muchas veces representado como niño travieso. Es el jigüe cubano. A su vez, Lezama habló del ángel de la jiribilla que nos acompañaba en el contraataque a la muerte. Ángel que “le hace un cuento a la muerte y le saca los dientes de ajo para su secuestro en caballo ligero”, suerte de duende afirmativo e ingenioso. Fue lo que él mismo encarnó.

Este carácter de *homo ludens* es un rasgo muy particular en quienes cultivan la poesía. El poema es también un juego, uno asociativo, transformativo, donde lo que es puede ser también lo que no es, o sea, donde lo uno puede ser lo otro e, incluso, lo *unotro*. Ya ha dicho Octavio Paz que la poesía es el único olmo que da peras, lo cual en mucho se debe a su carácter lúdico, que es decir creativo, a su capacidad para operar en el lenguaje mediante la imaginación y la dicción tropológica. De Federico dice Jorge Guillén que en él “juego y creación se identifican”. Muchos de sus juegos se centraban en producir frases, en buscar nuevas asociaciones a las palabras, a tensarlas a ver cuánto cedían. Indagaba el sentido de toda palabra entreoída para sumarla a su caudal, aunque luego las usara de acuerdo con sus “liricos cojones”, como gráficamente explica un conocido en el hermoso docu-

mental “Centenario de un poeta”. Ese impulso lúdico se ve en sus dibujos, de esa inocente tensión infantil a que aspiraba el surrealismo, en su retablo de títeres para el teatro casero, en su encanto por las nanas. De igual modo Lezama jugaba. Fina García, de sus amigas más familiares, ha comentado las “inagotables ocurrencias” de Lezama, humoradas que se expresaban en salidas afiladas, chistes y bromas. “Fue ingeniosísimo en su juguetona maledicencia”, recuerda Roberto Fernández Retamar y rememora el retrato de un torpe músico que, según Lezama, había compuesto “un trío para arpa enfundada, fagot enarenado y triángulo isósceles”. Sus olímpicas ocurrencias son ya legendarias. Estando en medio de una aburrida solemnidad de escritores reunidos intervino para hablar del Egipto en el tiempo en que los perros bajaban a beber del Nilo infestado de cocodrilos. Era su extrañamiento de lo monocorde. Solía concertar los turnos de sus visitantes de acuerdo a sus correspondencias para poderlos armonizar. Todo esto transparente su espíritu juguetón. Mucho de su estilo, tomado por hierático y esotérico, no es más que el recorrido que impone su humor para vestir algo común de novedoso. Así Licario no bebe cerveza, algo tan banal, sino “ingurgita los contraídos lúpulos de la Escalda” mientras ataca un ordinario picadillo exultando al “faisán rendido en Praga”. Igual su método, contado por Nicolás Guillén, para hacerse de un bistec olvidado en un almuerzo de escritores, “¿Sería usted tan amable de traspasar a mis predios ese pobre bistec que se ha quedado huérfano y que yo puedo ayudar con mis mandíbulas?” En fin, a ambos los impulsaba ese jugoso afán lúdico que conferían a cuanto hacían. Juego, acto que se acomete con alegría, sin otro afán que recibir goce. Y el ejercicio de la poesía no puede tener más objeto que el goce de su realización. Era un modo de la creación para ellos. Centro de toda *poiesis*.

Tanto para Lorca como para Lezama la poesía es un arduo descubrimiento, prácticamente una revelación. Para concretarla en el poema, el poeta debe indagar en la tradición que le ha antecedido, pues toda novedad —a tono con el pensamiento de María Zambrano— es solo el hallazgo de una forma olvidada. Dice Lorca: “El poeta se encuentra súbitamente con algo que salta ante él con los brazos en cruz y —quiera o no— lo hace detenerse en la maravilla blanca del camino. Hay que interpretar aquello, descifrar su secreto entrañable.” Añade: “La misión del poeta es esta:

animar, en su exacto sentido: dar alma.” Incluso hay una explicación de Lorca, muy del estilo lezamiano: “El poeta que va a hacer un poema —lo sé por experiencia propia— tiene la sensación de que va a una cacería nocturna en un bosque lejanísimo.” Esta cacería metafórica se avenía con el sentir de Lezama. El escritor Reynaldo González rememora que, “elaboró una definición de la poesía como un ciervo juguetero, de irresistible atractivo, cuya captura ganaba connotaciones de cortejo erótico”. Para el cubano la poesía era *misterio clarísimo* o *claridad misteriosa*, también *una cantidad secreta, no percibida por los sentidos*. O sea, tanto para el andaluz como para el cubano, poesía es siempre lo lejano, huidizo, por descifrar.

La imagen era un concepto central para los dos poetas. No coincidían exactamente en el concepto de ésta, pues para Lezama era el fin, siempre más rica que la propia realidad, mientras que para Lorca era el medio y toda vez más pobre que el referente real. Sin embargo, la consideraban como sustancia principal de la aprehensión de la poesía. La contradicción se neutralizaba en su consideración de la metáfora, pues en ambos era el vehículo principal de comunicación de la poesía.

Un elemento esencial de su poética era la búsqueda en una herencia que los sumaba. No es lo popular sino lo original auténtico lo que buscan. Lorca se afincaba en la poesía del Siglo de Oro, en lo mejor del romancero y en la poesía tremendamente imaginativa del cante. Pero esa tradición era renovada por sus incorporaciones, por su fresca mirada y su creativa asunción. Su personal manera de acoger lo folclórico fue bautizada por Ramón Sender como “folklorquismo”, evidencia de su prisma rehacedor. Un concepto fundamental según él para la eficacia de la creación era el duende, *tener duende*. Habla de una cultura de la sangre y señala que es aquello que sobrevive por el ánimo de la sangre, “de viejísima cultura, de creación en el acto”. Es despertar lo que duerme en “las últimas habitaciones de la sangre”. Fue lo que precisamente hizo Lorca con la poesía española, a partir de su sensibilidad, de su genuina inspiración, al alambicarla con su percepción a la hora. El propio Lezama refiere así esta relación: “La tradición, como en la célebre frase sobre la libertad, fue para él un don, pero fue también una conquista. Sabía que cuando la tradición venía ya rendida, había que avivarla.” El poeta cubano compartía la búsqueda en los olvidados senderos de lo prístino como fuente de reanuda-

ción de un camino cifrado. Lo esencial, aseveraba, “es la vuelta a los orígenes... Ahí está verdaderamente lo germinativo, lo que es creador”. No es fortuito que concibiera al poeta como “el guardián de la semilla”, el que cuida de la simiente originaria. En esta búsqueda de lo original Lezama compartía con Lorca su entusiasmo por Góngora, al que defendieron bélicamente, y sumaba a muchos de los admirados por el andaluz, como Fray Luis, San Juan de la Cruz, Lope de Vega y Quevedo. También él abrevaba en lo genuino popular, nunca en lo popular turístico. Se cuenta que tenía un oído muy tamizador para entresacar de cuanto oía en voces de la gente común, las palabras y frases que luego limpiaba y recolocaba en un contexto culto, produciendo el asombro. De aquí su gusto por la décima y la improvisación, dos de las formas enraizadas en el folclor de la isla. Todo deglutido y metabolizado por su universal *mecánica poética*, para emplear una frase lorquiana.

Un segundo aspecto que los reúne es su participación de lo sensual. Es por esta raíz donde se nutre su personal y multitudinaria capacidad metafórica. Tanto a Lorca como a Lezama se les reconoce una inclinación complaciente al paladeo vital. Ambos disfrutaban de las charlas con amigos aderezadas con algún espirituoso, reuniones donde presidía el ingenio natural e ilustrado que los asistía. Gustaban de los platos succulentos, de la risa movida por alguna triquiñuela de la inteligencia, de la sencilla versatilidad con que se anuncia el mundo, en fin de todo lo que acarrea el murmullo de la vida plena. A Federico le encantaba recorrer España, meterse por los pequeños pueblos, percibiendo las maneras del habla, los cantos, los juegos, las comidas. Es todo alegría. “Hay necesidad de ser alegre, el *deber* de ser alegre. Te lo digo yo, que estoy pasando uno de los momentos más tristes...”, le escribe a Jorge Zalamea, porque alegría es inteligencia y voluntad indoblegable de vivir. Su humor le ayuda. Es conocida en Cuba la broma que le corrió junto con Emilio Roig al periodista operático Antonio Carnicer, quien le dedicara el más *ipotrocásmico* artículo que ojos humanos vieran. Entre los elementos donde buscaba la cultura viva, cuenta él mismo, “yo he seguido dos: las canciones y los dulces”. Se deshace en lisonjas del alfajor, las tortas de alajú, las pastas de turrón. El opiparo cubano sentía igual tentación por los pasteles, buñuelos y flanes de coco. A Lezama se le describe como sibarítico, gran conversador, con

un gusto particular por las reuniones de amigos, no obstante rehuía las aglomeraciones, con un rápido y brillante sentido del humor, cuyo estilete hace leyenda. Es fabulosa su risueña definición de poesía, para empalagar a los entrevistadores infatuados: “La poesía es un caracol nocturno en un rectángulo de agua”, en cuya resbaladiza enunciación, con que simplemente ilustraba la imposible definición, estos se rompieron la crisma. El poeta de Trocadero con igual fruición degustaba una taza de café arábigo o té asiático, que una champola cubana o un vaso de ron. Casi siempre lo acompañó el azulado ángel de un habano. Era un organismo muy especial para degustar. Mariano, el pintor, ha hablado del “sentido voluptuoso y renacentista” con que asumió su vida. Subrayemos lo abarcador renacentista. Lezama, si bien disfrutaba ciertas caminatas por La Habana, no era muy ambulatorio, quizás por su obesidad frenadora, pero gustaba los viajes imaginativos, por medio de lecturas o la conversación con amigos que

viajaban y le contaban, de modo que llegaba a tener un conocimiento minucioso de sitios y paisajes. En carta a su hermana Eloisa le confesaba que se contentaba “con la intuición de la posibilidad de viaje que me arrojan los demás”. Sin embargo, lo que él denominara “concupiscible” no se refería sólo a los apetitos más básicos. Todo lo que trasuntaba una experiencia humana sustanciosa se le volvía atractivamente convocador. Así se complacía en la música, la pintura, el teatro y la danza. Resulta que, tanto Lorca como Lezama, sentían un llamado, no de la selva precisamente, sino de las sutiles inflorescencias de la vida, de todo brote donde se ocultara el “ciervo” inefable, huidizo que deseaban cazar. Todo dato, toda experiencia, toda fantasía, era una golosina que se apuraban a incorporar. Atrapar la poesía que está en los más insospechados y recónditos resquicios de la vida suponía imbuir sus sentidos de ella todo cuanto pudieran. Experimentar la vida era la posibilidad de experimentar su poesía.

**“SI NO EXISTIERA LO
CONCUPISCIBLE HABITARÍAMOS
UN MUNDO ENLOQUECIDO Y
ERRANTE”**



**“UN POETA TIENE
QUE SER PROFESOR DE LOS
CINCO SENTIDOS CORPORALES”**

De aquí también surgía el apetito por las palabras. Hay múltiples y sabidos testimonios del modo en que el uno y el otro orientaban sus oídos, como antenas astronómicas, a los dichos y vocablos que constantemente brotaban a su lado. La poesía de Lorca —incluida la de su teatro— centellea de realizaciones felices del lenguaje, luciente como una red repleta de peces dorados, de palabras que ha bruñido y restituido a lo culto mediante la poesía. Léase sus trabajos acerca del cante o de las nanas para ver cómo recorre con gozo inteligente los logros poéticos de estas creaciones populares. Uno de sus conceptos más enarbolados, el de duende, fue una apropiación de un uso popular en Andalucía. Él cuenta haber oído a Manuel Torres, hombre de “cultura en la sangre” comentar que “todo lo que tiene sonidos negros tiene duende”. Quedó prendado de aquella expresión. Es que lo verdadero, lo que elabora el tiempo y el trasiego de la sensibilidad común, alcanza el misterio. Al referirse a la concreción del poema, señala cómo la inspiración sola no basta para propiciar la imagen, pues hay que vestirla y “para vestirla hay que observar ecuanímente y sin apasionamiento peligroso la calidad y sonoridad de la palabra”.

Lezama solía decir que era atento a palabras que buscaban su realización. Gustaba de las voces sonoras, de términos en griego o latín —*su griego, su latín*—, de frases ingeniosas, de los calambures y los más gráficos vocablos populares. “A veces una palabra, una sentencia apenas entreoída nos ilumina”, dice. *Paradiso* es una suerte de catauro de cubanismos. Un somero rastreo —véase el glosario incluido en la edición crítica publicada por la UNESCO— nos aflora voces como atol, bajeador, caballitos, flus, mogolla, pijuja, ripiera... “Tengo la alegría de ver las palabras como peces dentro de la cascada”, respondió como pescador gozoso en una entrevista. Se cuenta que el poeta jaraneaba contra quienes lo tildaban de incomprendible, enarbolando el estribillo de una canción popular, “El Cuini tiene bandera”, que le resultaba atractivamente oscuro.

Mientras que el andaluz declarara: “Un poeta tiene que ser profesor de los cinco sentidos corporales”, el cubano confesaba: “Si no existiera lo concupiscible habitaríamos un mundo enloquecido y errante”. Cada uno a su modo, lo asumía como otra de las realizaciones de lo insondable que la poesía pone a flote. Acosado por la muerte cotidiana del asma, al regresar del Hades apneico, Lezama lo intentaba todo con apeti-

tosa fruición. Confiesa, “al despertar me entrego a los placeres de la resurrección”. Ya podemos entender cómo reivindicaría los goces diarios si los tenía por regalos de su iterativa resurrección. Sin mojigatería alguna, el poeta cubano afirmaba: “Todo lo que haga el cuerpo es como tocar un misterio”. Así no tuvo miedo de intentar la reelaboración literaria de ese misterio en *Paradiso*, algo que le costó cargar con la letra escarlata que le cosieron los “puros”.

Por último, está un elemento que podríamos denominar, apelando a un concepto expuesto por el propio Lezama, como lo *meridional*. Este entronca con el fervor por lo sensual que concita a ambos, explicado anteriormente. Tanto Lorca como Lezama sentían un inquieto embeleso por ese ámbito de amalgamiento que denominaré aquí la Ciudad Encrucijada, Granada, Málaga, Cádiz y La Habana como prototipos. Nos referimos a ciudades donde el lleva-y-trae de la marinería, el peregrinaje, el ánimo del mar, su oportuna vitalidad económica, el amalgamiento de razas, el benéfico clima regido por la cordial luz solar —lo *meridiona* Lezama dicit—, crean peculiares configuraciones culturales y comportamentales en el ser humano. En su atmósfera prospera una lujuriosa sensualidad, un gozo casi sibarítico por los dones de la tierra, un entusiasmo vital que auspicia no pocos excesos. No sin razón Lezama —según testimonio de Fina García— declaraba ante el caudal de tantos ofrecimientos: “Las columnas del templo salomónico me gritan, ¡Excédete!”, evocaba las dos columnitas de ese estilo que presiden su humilde casa. Entendiendo por *exceso* el inocuo pero pantagruélico cateo de esos dones. Lorca es un poeta del verano. No sólo su vida se abre como un florido arco entre junio y agosto, sino que estuvo animada de sol y rítmica agua y huertas y lujuriosos colores. Llama *dichosa* a la cigarra pues muere, “bajo la sangre/ de un corazón todo azul,/ La luz es Dios que desciende,/ y el sol/ brecha por donde se filtra.” Y tiene por “vida eterna” el “vivir siempre/ en el agua más serena,/ junto a una tierra florida/ que a un rico manjar sustenta.” Porque él ha nacido rodeado del vergel granadino y es ese su paraíso. Una vez en La Habana, Lorca describe en carta a sus padres la ciudad descubierta: “una mezcla de Málaga y Cádiz, un encanto absolutamente español, mejor dicho andaluz”. Este reencuentro de su respiración le devuelve su alegría natural un tanto resfriada a su paso por Nueva York. Aquí está en su agua. Se siente tan

cómodo en este espacio, entre semejantes y en su cultura que “se aplatana rápidamente”. Se devora la noche cubana, deshace sus zapatos caminando La Habana. Se mete en las Fritas de Marianao, donde come, bebe y ve tocar los sextetos de son, cuyo ritmo intenta a golpe de claves. Se arriesga por los bares del puerto. Se solaza en el Alhambra, teatro para hombres solos. La transgresión, por libertaria y humana lo sonsaca. Ha dicho de su ciudad: “Granada huele a misterio, a cosa que no puede ser y, sin embargo, es.” Eso que parece imposible y “sin embargo es” deviene el resorte a la determinación, incita a la cacería, es lo inefable en cuyos laberínticos pasadizos palpita la poesía. Por eso, solo y sin mucho anuncio, para conocer hondo, se va a Santiago en su “tren de aguas negras”, “Brisa y alcohol en las ruedas”. Levanta su vaso en la charla con Nicolás Guillén y saborea “ver la vida color de ron”. Llega a ser el más cubano de los poetas españoles. “Si yo me pierdo, que me busquen en Andalucía o en Cuba”, es su resolución.

Lezama amaba la vida, sobre todo, la vida en Cuba. Aquí, donde nacer era “una fiesta innombrable”, la muerte le resultaba una presencia impropia: “En esta isla de luz tan segadora, la idea de la muerte nos azota poco.” También la muerte del padre en tierra extraña lo inoculó, “en el centro de todo viaje ha flotado siempre el recuerdo de la muerte de mi padre”, ha confesado. Pocos intelectuales sintieron la fuerza de ese amor, como una devoción. Quizá por eso no lo instigó la tentación acuciosa de otro viaje que el de su imaginación, pues su isla, en sus eras imaginarias, le ofrecía todas las suculencias apetecibles. Desarrolló su creencia de una *teleología insular*, búsqueda de lo potencial genésico y fecundador en los márgenes del espacio y el tiempo peninsular. El hecho de ser una isla le suplía un “sentido estelar”, expresaba la “voluntad divina de aislar y obligar a tejer puentes”. “Un puente, un gran puente”, diríamos con él, eso fue su vida aislada, estar aquí y en tránsito hacia allá, morder un mango y degustar pulpa de melocotón, beber champola con el sueño del té tibetano y afincar el diente en el pargo, deglutiendo el esturión siberiano. Su ciudad era La Habana, sitio fiel al “estilo que perfila una raza”, el cubano donde él se reconoce gustoso. La Habana, “ciudad necesaria y fatal”, como el asma que marcaba su respiración, su destino, con su particular ritmo de vida, “ritmo de pasos lentos, de estoica despreocupación ante las horas, de sueño con ritmo ma-

rino...”. Disfrutaba los frutos de la isla, sus suculentas ollas, su luz, el mar al que sólo le entregaba sus tobillos, con la misma intensidad que hurgaba en sus eras imaginarias, en su pintura y su música más fina, en su historia y su poesía, a cuyas costas el Eros de la lejanía lo lanzaba como un Robinson ávido. Su realidad —¿surrealidad?— tópica, utópica y trópica se metamorfoseaban en una suprarrealidad, lo que nombraba la *sobrenaturalidad*. Con el apetito que lo caracterizaba consumió cuanto conformaba su entorno cubano, de manera que concibió la creación como “una voracidad complementaria”. Su poesía es un espléndido muestrario de esta Ciudad Encrucijada, ciudad fluyente en el tiempo, que existe por presencia y carencia, por incorporaciones y contrapuntos. Aquí Dánae, por gracia de la poesía, “teje el tiempo dorado”, aquí, su vago verde “gira en la estación más breve del rocío, diciendo los vencimientos de la muerte universal y la calidad tranquila de la luz”. Aquí, “Su salvación es marina, su verdad de tierra, de agua y de fuego”. Porque, gracias a la posibilidad de la *imago*, el poeta sabe que hay una isla que está en lo más sutil y oculto, en lo perenne, isla que rehúsa la reducción a las señas triviales y percederas de lo evidente. El poeta la descifra: “Lo nuestro es lo ondulante, la brisa, una cierta indefinición, una mezcla de lo telúrico con lo estelar, hecho en una forma muy meridional, muy cenital. La vida nos asalta lujuriosamente, nos tienta, nos traiciona, nos acaricia, nos besa, nos envenena”. Es esa isla la que más ama y revela. La que si sabemos entender nos acoge para la resurrección.

Federico García Lorca y José Lezama Lima, cada uno con sus personales acentos, personificaron la avidez por vivir, la inteligencia incorporadora, la libertad en vuelo, la poesía encarnada. En fin, representaron mucho de lo que los intolerantes niegan hasta el odio. A Lorca le costó la vida. A Lezama, no pocas amargas. ☞

Bibliografía

- García Lorca, Federico (1968). *Obras completas*. Madrid: Editorial Aguilar.
Espinosa, Carlos (1986). *Cercanía de Lezama Lima*. Cuba: Letras Cubanas.
Lezama Lima, José (1988). *Confluencias*. Cuba: Letras Cubanas.
Lezama Lima, José (1981). “García Lorca: alegría de siempre contra la casa maldita”, en *Imagen y posibilidad*. Cuba: Letras Cubanas.
Martínez, Urbano (2002). *García Lorca y Cuba: todas las aguas*. Centro Juan Marinillo.

